

admitiendo ninguna duda en este punto; y así la alcanzaremos.

Volved vuestros ojos á los cielos y contemplad al Espíritu Divino, sol resplandeciente que ilumina todas las cosas; llenando de magnificencia sus propias obras. (1) ¿No sentís abrasada el alma con los vivos rayos de su ardiente luz? Rayos divinos que al descubrirnos su tremenda y adorable majestad, nos llenan de temor y nos humillan; mas al mismo tiempo nos recuerdan que ese Dios soberano es Nuestro Padre; y lanzamos hácia Él, los mas puros afectos del alma, exclamando llenos de confianza una y otra vez: Padre mio, Padre mio. ¡Qué nombre tan hermoso y lleno de piedad!

De nuevo la luz del Espíritu Divino nos alumbrá, y hace discernir lo verdadero de lo falso, el bien del mal; y los mejores medios de llegar al cielo; y esa misma luz nos descubre las verdades sobrenaturales; y derrama, en fin, en nuestros corazones, un torrente de inefables y castísimas dulzuras.

¡Oh cuánto es lo que debemos al Espíritu Santo! Al pensar en sus hermosos y divinos dones, y en la admirable largueza con que los dispensa, se siente el alma llena de ternura, y quiere deshacerse en afectos de amor y gratitud, y exclama: ¿Qué le daré á mi amado y soberano Bienhechor por todos sus favores? (2) No tenemos sino un triste y miserable corazón; mas con todo es el único tesoro, si así puede llamarse, que poseemos. ¿No será del Espíritu Santo este tesoro; y mucho más cuando Él en su inefable y santísima bondad, nos dice así: Dame, oh hijo mio, tu corazón, y fija tus ojos en mis

[1] Ecci. XLII. 16. [2] Ps. CXV. 12.

santos caminos? [1] Sí, consagramos enteramente el corazón al Espíritu Divino: queremos cumplir sus santos mandamientos, seguir su inspiración, vivir para su gloria. Él es el Padre á quien amamos, Él es nuestra delicia. ¡Oh, qué no tengamos un corazón de ardiente y amoroso fuego, para estar continuamente abrasados en las llamas de su santa caridad! Mas ¿no sois Vos, oh Espíritu Sagrado, ardiente fuego, amor activo, abrasado y divino incendio? y ¿no sois el Padre de los pobres? pues ved que vuestros pobres hijos os piden llorando de ternura, vuestro santo amor, ardientes llamas, y la más tierna y dulce caridad, para poder amaros con todo el corazón y toda el alma, sin descanso, sin tibieza, y con eterno y celestial cariño; para llegar un día á contemplaros en el cielo.

## CAPÍTULO XXII.

### § I.

#### FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO.

Huerto cerrado eres, hermana mia, esposa, huerto cerrado, fuente sellada: tus renuevos forman un verjel delicioso de granados, con frutos dulces como de manzanos: son cipros con nardos, nardo y azafran, caña aromática, y cinamomo, con todos los árboles odoríferos del Líbano, la mirra y el aloe con todos los aromas más exquisitos. [2]

¿Habeis oído en el fondo del alma, esa voz dulcísima y sentida? y ¿pudisteis contestar como la Esposa: Venga mi amado á su huerto, y coma del fruto de sus manzanos? (3) Si así fuere sois en verdad, muy felices: es vuestra dicha envidiable; pues ¿qué ventura pue-

(1) Prov. XXIII. 26. (2) Cant. IV, 12—14 (3) V, 1.



de haber semejante, á la que tiene el hombre cuando ofrece á Dios sus buenas obras?

Segun lo dicho hoy entramos en el huerto del Sagrado Esposo; busquemos la sombra de algun árbol para descansar, admirando con sociogo, los hermosos y variados frutos que sin cesar produce el huerto donde estamos.

Queriamos la sombra de un árbol; mas no, que busquemos solamente la de Dios; y bajo esta sombra que tanto hemos deseado, los frutos que gustamos son muy dulces á nuestra garganta. (1)

¿Qué entendemos por frutos del Espíritu Santo? El nombre de fruto, nos dice el Ángel de la Escuela, en el orden natural es el producto de los árboles y plantas que han llegado á sazón, y contienen alguna suavidad. Este nombre se ha usado al tratar de los frutos del Espíritu Santo, que son las buenas obras hechas bajo su divina inspiracion, y en las que se encuentra la suavidad espiritual. (2)

El fruto de un árbol puede considerarse, nos dice tambien el Angélico Doctor, ó con relacion al árbol que lo ha producido, ó bien respecto al hombre que lo goza. Tiene lugar esto mismo en las cosas espirituales, en las que, el hombre con la divina gracia produce frutos de virtud, y gusta su dulzura y suavidad; y esto es lo que tiene la razon de fruto. En cuanto es producido por el hombre, sus actos humanos se llaman frutos, que serán de su razon si obra segun ella solamente; y si lo hace por más elevada virtud, que es la del Espíritu Santo, sus obras se llaman frutos de Este mismo

(1) Cant. II, 3. [2] 1—2. q. 70. a. 1.

Espíritu que como germen divino las produce.

Los frutos de que el Espíritu Santo nos habla, llamados por el Seráfico Doctor, afectuosas delicias con que gustamos la dulzura del Esposo Divino, [1] son doce: La Caridad, que engendra y da vida á los demas: el gozo que se origina de una conciencia tranquila, santa, libre de vicios y pecados: la paz de una alma serena, sin perturbaciones; paz que nace de la gracia y amistad de Dios; la paciencia en las adversidades que nos causan otros; la benignidad con el prójimo en las palabras y las obras; la bondad que se derrama en beneficios; la longanimidad que nos da perseverancia en la virtud; la mansedumbre contra la ira y la venganza; y fe que cumple sus palabras; la modestia que dirige la compone las acciones; la continencia que nos modera y rige en la comida y la bebida, y en todas las afecciones sensibles; y la castidad que adorna nuestras almas con el hermoso y cándido esplendor de celestial pureza. (2)

¿Por qué razon, el Apóstol, cuenta solamente doce frutos del Espíritu Santo? Hé aquí lo que nos dice el Ángel de la Escuela: El Espíritu Santo por medio de sus frutos establece el orden en nosotros, ó bien con relacion á nuestras mismas almas, ó respecto de las cosas que nos están cercanas, ó por último, relativamente, á las que deben sernos inferiores. Respecto á lo primero se establece en nosotros el orden, por el amor, primer afecto y raíz de los demas; hé aquí por qué la caridad se pone en primer lugar entre los frutos; pues en ella se da el Espíritu Santo como en su propia semejanza

(1) D. Bonav. Centil. p. 3. sect. 46. (2) Galat. V, 22, 23.—De Barberiis, hic.



pues Él mismo es amor. Al amor sigue necesariamente el gozo, porque quien ama se goza en la union con su amado; y la caridad tiene presente á Dios á quien ama. Mas la perfeccion del gozo es la paz que nos libra de las inquietudes exteriores, junta en uno solo; Dios, los deseos del alma, y nos hace descansar entre sus brazos.

Respecto de los males que tenemos que sufrir, el orden se conserva en nuestras almas cuando no nos inquietamos por su anuncio y próxima venida; ni nos perturba la dilacion de los bienes esperados, lo primero lo da la paciencia, lo segundo la longanimidad.

El orden respecto á nuestros prójimos se establece por la voluntad de hacerles bien, ved aquí la bondad; y por el bien que practicamos, ved aquí la benignidad, porque son benignos aquellos que se abrasan en el fuego del amor por el bien de sus hermanos. Tenemos que sufrir los males que nos causen éstos, con igualdad de ánimo; y ved aquí la mansedumbre que reprime nuestras iras. Por último, no sólo no debemos dañar al prójimo; sino evitar el fraude, y tener sinceridad; y á esto pertenece la fe, en el sentido de fidelidad; mas, segun que por ella creemos en Dios, entónces el orden se establece con relacion á lo que está sobre nosotros, Dios á quien sujetamos la inteligencia, y todo lo que á ésta corresponde.

Respecto de las cosas inferiores, la modestia compone nuestras acciones esternas, dirige y modera nuestras palabras; y respecto á los deseos del corazon, la continencia y castidad los reprimen y gobiernan. (1)

(1) D. Th, cit. a. 3.

Hablemos en particular de cada uno de estos frutos.

La Caridad, nos dice el Serafin de los Doctores, es el amor que tenemos á Dios por Sí mismo, y al prójimo por Dios. Para descubrir en parte, el encanto y las bellezas de la caridad, mencionemos algunos objetos que la simbolizan. Ella es aquel oro precioso de que se nos dice en el Apocalipsi: Te aconsejo que compres de mí el oro afinado en el fuego; [1] porque así como el oro excede en valor á todos los metales, la caridad es más preciosa y excelente que todas las virtudes. Ella es como el fuego que penetra el hierro y lo vuelve dúctil y candente; porque al entrar en nuestras almas las hace dóciles y obedientes á la divina inspiracion, y las abrasa en las llamas del amor divino. Ella es, como el vino compuesto, el néctar, dulce y activo, pues nos hace amar á nuestro eterno y soberano Dios, con fortaleza, prudencia y perseverancia. Es la nave dichosa que hinche sus velas con el soplo del Espíritu Divino, cuya inspiracion la lleva á donde quiere el mismo Espíritu. Es tambien un árbol frondoso cargado con los frutos de la piedad y las flores de la pureza; y así como podemos los árboles para su crecimiento y hermosura, así la caridad va separando de nosotros todo amor desordenado que se opone al divino. Es una fuente natural cuyas aguas no se agotan, aguas que en el tiempo de la tribulacion, verdadero invierno de la vida cristiana, salen calientes para darnos vida; mas al contrario las sentimos frias cuando en nosotros prevalece el amor mundano. La caridad es el

(1) III. 18.



vestido nupcial que cubre la multitud de nuestros pecados, nos defiende de las tentaciones, y adorna y embellece el alma con dádivas preciosas de los cielos; rico y fragante vestido hecho de la gracia del Espíritu Santo y del mismo Jesucristo: Revestios de nuestro Señor Jesucristo, nos decía San Pablo, y no busqueis como contentar los deseos de vuestra sensualidad. Y el Esposo en los Cantares decía también: Es el olor de tus vestidos como aroma de suavísimo incienso. (1) Y cuando el Eterno siente su fragancia, nos dice estas palabras: El olor de mi Hijo es como el de un florido campo, al que bendijo el Señor. (2) Es, por último, la caridad un fuego divino que Dios mismo enciende en el alma; fuego que no pueden apagar las muchas aguas, que arde por el afecto y brilla por el ejemplo; fuego que abrasa y consume el combustible sujeto á su acción; fuego que tiende siempre á los cielos, y está en movimiento perpétuo, que quita el orin al hierro, que arroja vivas centellas; humilla hasta el polvo y nos hace decir con Abraham: Hablaré al Señor, aunque yo sea polvo y ceniza; (3) y despues eleva á los cielos y nos vuelve infatigables y constantes en los trabajos que por Dios tomamos; va consumiendo nuestros defectos, y nos abrasa en vivos deseos de los bienes celestiales. (4)

El gozo espiritual. Él es distinto enteramente, del gozo del mundo; es purísimo porque se inunda en los torrentes de la dulzura del Dios tres veces santo, origen y principio de toda pureza y santidad.

El gozo terreno es breve y transitorio; mientras es con-

(1) V. 11. [2] Gen. XXVII, 27. (3) Gen. XXIII, 27. (4) D. Bonav. De Virtut. Tit. 5. c. 2.

tínuo y seguro aquel con que embriaga nuestras almas el Espíritu Divino. La buena conciencia es como un banquete que no se interrumpe. (1)

El gozo espiritual se ocupa en objetos elevados y muy dignos, mientras el del mundo, en los más despreciables y abyectos: causa el primero la salud; y el del mundo nos pierde desgraciadamente; el espiritual desciende de los cielos trayendo en su cortejo la pureza y el descanso, la libertad, y union con Dios; entre tanto que el del mundo pasa dejando la inquietud, el tormento y la tristeza en todas sus sendas.

La paz de Dios; hé aquí otro de los más regalados y preciosos frutos del Espíritu Santo. En una sola palabra compendió San Pablo, todas sus grandezas: La paz de Dios sobrepuja á todo entendimiento. (2) ¿Y qué es la paz? La serenidad del espíritu, nos dice el gran San Agustín, (3) la tranquilidad del alma, la sencillez del corazón, el vínculo del amor, la union de caridad. Es la que impide las guerras, reprime la ira, aplaca las discordias; reconcilia los enemigos; y á todos es agradable. Quien no se encuentra en ella, es desechado del Padre, desheredado del Hijo, y desconocido del Espíritu Divino. La paz, es la lengua del cielo, nos dice el Seráfico Doctor; ¿no recordais que ella era el idioma del Señor, que una y otra vez dijo á sus discípulos: La paz sea con vosotros? (4) Es el lenguaje de los ángeles, que apareciendo en Belén cantaron la gloria de Dios en las alturas, y anunciaron la paz á los hombres. (5) Es el lenguaje que Jesus mandó á sus discípulos que usaran al entrar en las ca-

(1) Prov. XV, 15. [2] Philip. IV, 7. [3] Ap. Bonav. De Dono. Tim. c. 4. (4) Joann. XX, 19. 21. [5] Luc. II, 14.



sás: (1) La paz sea en esta casa. Ella es el vestigio de Dios y la senda que nos ha trazado: Todos sus caminos son deliciosos, y llenas de paz están sus sendas; (2) paz interna, externa y perpétua: La paz de Jesucristo reine en vuestros corazones, y los llene de inefable gozo. (3) Vivid en paz, si ser puede y cuanto esté de vuestra parte, con todos los hombres. (4) Finalmente, de la paz perpétua cantó Isaías: El fruto de la justicia será la paz, y el efecto de la justicia el sosiego y seguridad sempiterna. Y reposará mi pueblo en hermosa mansion de paz, y en tabernáculos de perfecta seguridad, y en el descanso de la opulencia. (5)

La paciencia, precioso y admirable fruto del Espíritu Santo. Ella es, nos dice San Buenaventura, prudentísima, noble y generosa: ¿quién como la paciencia, nos dirige tan sabia y rectamente, en el camino de la vida, ó es tan diestra en los combates que tenemos que sufrir, ó, por último tan noble en medio de sus triunfos? Ella nos enseña cómo hemos de adquirir los dones celestiales, y la manera también de conservarlos, perdiendo antes la riqueza, la salud, la misma vida, por no perder el cielo. Aumenta, asimismo, nuestros bienes y riquezas, convirtiendo las cruces y trabajos, en grandes méritos.

Es generosa la paciencia en los combates: Es mejor el varón sufrido que el valiente, y quien domina sus pasiones, que un conquistador de ciudades. [6]

Finalmente, el reinado de la paciencia es hermosísimo, pues todas las cosas sirven á su imperio, los enemigos le fabrican la corona, la esterilidad de los cam-

(1) Id. X. 5. (2) Prov. III. 17. (3) Colos. III, 15. (4) Rom. XII, 18. (5) XXXII, 17, 18. D. Bonav. de Beatitud. [6] Prov. XVI. 32.

pos llena sus graneros, las enfermedades le dan la medicina, y la muerte misma, le abre la cárcel donde estaba llorando sus miserias; y así se verifica lo de San Pablo: Todas las cosas contribuyen al bien de los que aman á Dios. (1) Y la paciencia oye, por último, estas palabras: Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia porque de ellos es el reino de los cielos. (2)

La Benignidad, santo y dulce fuego del Espíritu Divino, que nos inclina á ser indulgentes y afables. Precioso y delicado fruto, fuente de consuelo y suavidad para el alma en todas sus buenas acciones. ¿Quién no recuerda la bella parábola del Samaritano cuya conducta nos descubre la compasion y dulzura incomparables que inundaban su alma al socorrer al hombre que yacía tendido en el camino, despojado de todo y cubierto de heridas? El Samaritano llegó á donde estaba ese pobre, y viéndolo se movió á compasion, y acercándose, vendó sus heridas, las bañó con aceite y vino, y subiéndolo en su cabalgadura lo condujo al meson, y cuidó de él en un todo. Al siguiente dia sacó dos monedas de plata y las dió al mesonero diciendo: Cuidadme ese hombre, y yo á mi vuelta os pagaré todos los gastos. (3)

Hé allí lo que produce la benignidad: hermosos consuelos, y la satisfaccion más dulce y cumplida.

La Bondad quiere darse á sí misma, y quisiera también deshacerse por dar socorro á su prójimo; en todos los hombres ve otros tantos hermanos, y recuerda estas palabras del Señor: Todos sois hermanos. (4) Palabra

(1) Rom. VIII, 28. (2) Matth. V, 10. D. Bona. c. 7. (3) Luc. X, 30, 35. (4) Matth. XXIII, 8.



santa y llena de divina caridad que la impele á practicar esta divina enseñanza: Parte tu pan con el hambriento, y acoge á los pobres y á los que no tienen hogar, en tu propia casa; viste al desnudo, y no desprecies tu propia carne. Y brillará tu luz como la luz de la aurora, y Dios te dará la salud; y tu justicia irá siempre delante de ti, y la gloria del Señor te acogerá en su seno; invocarás al Señor y te oirá benigno; clamarás y Él te dirá: Aquí estoy..... Cuando abrieres tus entrañas para socorrer al hambriento, y consolar al afligido, nacerá para ti la luz en las tinieblas, y tus tinieblas se convertirán en claridad de mediodía. Te dará el Señor un perpétuo reposo, y llenará tu alma de resplandores de gracia, y reforzará tus huesos; y serás como huerto bien regado, y como manantial perenne cuyas aguas jamas faltarán. (1)

El hombre bondadoso buelve sus ojos sobre sus propias miserias, y su vista lo hace compasivo con las ajenas: Por ti mismo entiende lo que conviene á tu prójimo. (2)

Sobre estos motivos, la bondad tiene otro más excelente y perfecto: el amor de Jesus y de sus miembros que son los pobres y todos aquellos que han menester de socorro. Este pensamiento nos llena de dulzura y de consuelo, y vamos hácia el pobre con las manos abiertas y destilando mirra, y llenos tambien de mirra escogida nuestros dedos.

La Longanimidad. Hacemos el bien á nuestros hermanos, y esperamos con paciencia el resultado. Este hermoso fruto del Espíritu Santo nos hace terminar las

(1) Isa. LVIII, 7, 11. (2) Ecci. XXXI, 18.

obras comenzadas por el servicio de Dios, pues estamos continuamente oyendo estas palabras: No seais descuidados, y perdais tiempo, [1] no ceséis de trabajar. Y si el tiempo del consuelo se dilata, sabemos que por fin ha de llegar. El que continúa llamando á la puerta conseguirá por fin que se le abra; y Yo os aseguro, decia el Divino Maestro, que cuando el amigo no se levante á dar á su amigo lo que le ha pedido por razon de su amistad, á lo ménos por librarse de su impertinencia, se levantará y le dará lo que hubiere menester. (2)

La longanimidad ejercita la paciencia, aviva la confianza, y hace fuerza al corazon de Dios. Quanto más se retardan sus deseos, sus méritos aumentan otro tanto; y ved cómo ella nos va coronando de nuevos resplandores y nos hace cada vez más agradables al Señor: Habeis oido, nos dice, la paciencia de Job, y habeis visto el fin del Señor. Estad de buen ánimo, porque el Señor es misericordioso y compasivo..... Esperad, tened paciencia..... Ved como el labrador, con la esperanza de recoger el precioso fruto de la tierra, aguarda con paciencia que Dios envíe las lluvias, temprana y tardía. Esperad, pues, con paciencia, y esforzad vuestro corazon. (3)

Tan bellas expresiones derraman el aliento y la fuerza en nuestras empresas, y la longanimidad sigue sosteniendo todos nuestros pasos, hasta conseguir por fin, lo que deseamos. (4)

La mansedumbre. Este amable y bello fruto del Espíritu Santo trae consigo, nos dice el Seráfico Doc-

(1) Judic. VIII, 9. (2) Luc. XI, 8. (3) Jac. V, 7, 8, 11. (4) D. Bonav. hic. c. 2.